

El entierro del general Weyler

Traslado del cadáver al cementerio
Para cumplimentar los deseos del general Weyler, dos horas antes de la publicada en la Prensa se verificó el entierro, al que asistieron contadísimas personas.

A las dos menos cuarto, en el momento en que bajaban el féretro, llegó a la casa mortuoria el ministro de Fomento, D. Leopoldo Matos, que dió el pésamen a la familia.

El cadáver iba encerrado en una sencilla caja de caoba con aplicaciones de plata. Fué bajado a hombros de la servidumbre e inmediatamente colocado en un furgón automóvil completamente cerrado y del cual habían quitado las indicaciones de la funeraria que suelen llevar.

Únicamente asistieron al acto unas veinte personas; la familia había procurado despistar a todo el mundo sobre la hora del entierro. Antes de sacar el cadáver de la capilla ardiente, el padre Camilo, que lo asistió en los últimos momentos, cantó un responso. Al acto del sepelio no asistió el clero; únicamente el padre Camilo acompañó hasta el cementerio a la familia.

Se puso en marcha la comitiva. En un automóvil iban los parientes del finado; en otro de la Casa real, el general Goded, que iba en representación personal, como ayudante que fué del finado, y llevaba, como subsecretario del Ejército, la representación del ministro del departamento, y el general Jurado, que llevaba la representación del infante D. Alfonso. En otro automóvil iba el subsecretario de la Presidencia, D. Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo, que, como se recordará, era el abogado del finado, y llevaba además la representación del presidente del Consejo. También iban el capitán general de la Armada, general Aznar; el almirante Fernández de la Puente, el general Meana y los ayudantes del duque del Rubí.

La comitiva, compuesta de unos catorce automóviles, se dirigió a la Sacramental de San Lorenzo, donde está el panteón de familia.

Llegados al cementerio, en la capilla del mismo el capellán cantó un largo responso, y después se trasladaron los restos al panteón.

Una vez allí, el capellán volvió a cantar otro responso y se le dió sepultura al cadáver.

Un hijo del general, D. Fernando, depositó sobre la caja unas flores.

Cuando se había dado ya sepultura al cadáver llegó el ministro de Economía, que iba a asistir al sepelio como amigo particular.

Junto al panteón se despidió el duelo. La presidencia la componían los hijos del finado D. Fernando y D. Antonio (D. Valeriano no asistió por estar enfermo), y los hijos políticos del marqués de Tenerife, Sres. Fernández Heredia y Sagredo.

De este modo sencillo han recibido sepultura los restos del capitán general D. Valeriano Weyler, cumpliendo su última voluntad.

A la hora que se señaló para el entierro

A las tres y media de la tarde empezaron a llegar a la calle del Marqués de Urquijo numerosos jefes y oficiales del Ejército, personalidades políticas y representaciones de los Cuerpos de la guarnición y de los distintos centros y dependencias militares.

Todos se dirigían primeramente a los pliegos colocados sobre dos mesas en el portal para recoger firmas, y que en su encabezamiento daban noticia de haber sido trasladado ya el cadáver a la Sacramental de San Lorenzo, donde recibió sepultura.

Poco a poco entre la multitud que llenaba la calle del Marqués de Urquijo circuló la noticia, que fué acogida con incredulidad.

El público continuó frente al domicilio del caudillo esperando la salida del féretro.

A las cuatro de la tarde se habían reunido frente al domicilio del ilustre general todos los generales, jefes y oficiales de Madrid y muchos centenares de personalidades de la política, de la industria y de la aristocracia.

La voluntad del general fué cumplida; pero también quedó expresa la manifestación del duelo que ha producido su muerte.

Weyler, juzgado por la Prensa norteamericana

Nueva York, 21.— Toda la Prensa

de los Estados Unidos dedica grandes artículos y editoriales a los ilustres españoles general Weyler y Sr. Díaz de Mendoza, fallecidos ayer.

Todos los periódicos publican biografías de estos dos españoles ilustres, a los que dedican en general entusiastas elogios.

El «New York Times» publica un largo artículo sobre el general Weyler, en el que justifica la conducta del fallecido general en Cuba, diciendo que fué un español que sirvió con toda lealtad a su patria. Con este motivo recuerda el «New York Times» las palabras de Murat Halstead, quien reconoció que el general Weyler era el hombre que poseía una extraordinaria habilidad para conseguir lo que se proponía.

El «New York Times» recuerda que el general Weyler hablaba correctamente el inglés y en esta lengua hablaba a los corresponsales extranjeros que iban a entrevistarse con él, a los que relataba sus servicios como agregado militar con Sheridan en Vallsym, Virginia, y de la gran admiración que sentía por Sheridan y Grant. El «New York Times» recuerda el gran valor personal y sangre fría del general en diversas ocasiones de su vida, especialmente en los momentos en que corrió peligro de ser asesinado.

El «Herald Tribune» publica un editorial en el que afirma que el general Weyler no se merecía la leyenda negra que algunos periódicos y los enemigos políticos, tanto de España como del Extranjero, habían formado en torno a su actuación como militar. El «Herald Tribune» dice que el general Weyler no se había preocupado nunca de estas críticas. Seguramente la muerte hará que se le haga justicia y se le conceda en la Historia el puesto que dignamente se merece.

«Para nosotros—continúa diciendo el «Herald Tribune»—, el nombre del general Weyler va unido en el recuerdo con los de Dewey, Sampson, Schley, Shafter y Roosevelt, memorias envueltas entre el humo de los fusiles en la colina de San Juan, recuerdos de días de gran excitación, cuando los voluntarios partían para la guerra.»

Litoral Oct/1930 22

2 100



El cadáver del general Weyler en la capilla ardiente

(Fot. Alfonso.)



Momento de recibir sepultura, en el cementerio de San Lorenzo, el cadáver del capitán general D. Valeriano Weyler. Asisten al acto sus familiares y un reducido número de amigos

(Fot. Alfonso.)

Lechal Oct 22/930

HEREDERO DEL PATRIMONIO DOCUMENTAL DEL HISTORIADOR DE LA HABANA